

pruebas os hallarais frustrados. Tambien el P. Pablo Séñeri el joven, como hice ver en su vida, no usaba otro estilo que el popular; y con todo predicando al ínfimo pueblo, arrebatava tambien el corazon de los mas elevados ingenios.

CAPITULO VIII.

Que los principales Padres de la Iglesia prefirieron la popular eloqüencia á la sublime.

NO es invencion de mi debil ingenio el proponer una eloqüencia que conduce al amor de Dios, y de las virtudes, sino el mismo método de predicar la divina palabra, que practicaron los mas célebres Padres de la Iglesia de Dios. Entre ellos escojo tres, á saber, San Basilio, San Juan Crisóstomo,

y San Agustin, todos maravillosos ingenios. Si hubieran querido estos seguir el rumbo de la sublime eloqüencia, ¿qué no hubieran podido hacer? San Basilio habia estudiado la eloqüencia con Libanio, y en Atenas. El Crisóstomo pasó desde el foro á la Iglesia, y al sagrado púlpito. Es notorio que Agustino fué Maestro de Retórica, y de ingenio tan estupendo, que delante de él cede la soberbia de todo el que se reputa por muy ingenioso: ¿mas de qué modo daban ellos al pueblo los documentos del recto, y christiano vivir? No con la excelencia en el decir, ni con elevarse sobre el comun entendimiento de los oyentes, sino con tales razones, y palabras, que qualquiera podia sacar aprovechamiento. Los autores de sus vidas,

y los exâminadores de sus obras han notado, que las homilias, ó sermones de todos tres fueron en gran parte no aprendidas, y compuestas de memoria, sino dichas de improviso, ó, como vulgarmente se suele decir, predicadas de repente. Estamos en esta parte obligados á los escritores, dichos notarios, que nos las han conservado, esto es, á personas adornadas de un arte bastante considerable, sabida muchos siglos hace. Con ciertas notas, ó cifras, cada una de las quales significaba una, ó mas palabras, y con una admirable velocidad recogian estos todo lo que decia el Orador de repente, ó lo que se hablaba en los sagrados Concilios, y en otras ocasiones, de modo que el repentino discurso de otro se hallaba enteramen-

te expreso en aquellas notas. Yo he visto un antiguo Código escrito con semejantes cifras. Hablando pues aquellos Padres repentinamente, bien advierten todos, que sus discursos no podian ser, como son los de algunos, que estan alambicados por el estudio; pero sí familiares. Y como ellos eran personajes dotados de singular ingenio, y su cabeza un rico almacen de ciencia, así aquellas palabras suyas salian llenas de jugo, y hacian conocer una feliz elegancia, pero sin dexar de ser llanas, y familiares. Otras Homilias suyas fueron seguramente fabricadas con estudio, y dichas de memoria, aunque sin embargo parecen formadas con tal moderacion, y delicadeza de ingenio, que aquel manjar se encuentra conforme al estómago de todos,

El que lee las Homilias de San Basilio encuentra por todas partes esta esencial ventaja. No es pomposo su estilo, antes es llano, pero fuerte, y con una relevante claridad siempre deleytable, y especialmente donde fertiliza el asunto con hermosas, y nada afectadas descripciones; y los pasages de las sagradas Escrituras, mas parecen (digamoslo así) nacidos en el discurso, que traídos á él. En suma se vé, que su fin es instruir, y aprovechar á todos. En quanto á San Agustin, facil es de advertir su grande sollicitud en hacerse entender de toda clase de personas. O bien fuese que predicase de repente, ó bien con sermones trabajados de antemano, siempre advertireis, que él habla familiarmente á su pueblo, no dilatando la

doctrina, y las reflexiones con largos períodos, sino usando de un modo conciso de decir con preguntas, y con figuras, que caben en el trivial discurso de los hombres. Y si sale tal vez fuera del asunto, no por esto le abandona, sino que todo lo dirige á enriquecer de instrucciones á sus oyentes. No se puede negar que por todas partes sobresale el ingenio de aquel grande hombre, del qual abundaban los celebros Africanos, y sobre los demas el de San Agustin. Mas su ingenioso decir no nacia del estudio, ni servia de obscurecer las cosas, sino de hacer claras las obscuras, de tal modo, que nadie quedaba sin entender sus reflexiones. Vamos á San Juan Crisóstomo. No habrá, creo yo, quien no tenga por justo el juicio de tantos hom-

bres grandes, que han afirmado que en él tenemos el perfecto, y único modelo verdadero del Predicador Christiano. De dos géneros son sus Homilias. En parte de ellas con la divina Escritura en la mano, leído que habia un versillo, explicaba admirablemente su literal sentido; y pasando poco á poco los demas, hacia la explicacion de ellos, induciendo á observar tantas incógnitas bellezas, y por fin pasaba á la moralidad. En las otras, tomando un texto solo de los sagrados libros, como tambien se practica hoy dia, predicaba contra qualquiera vicio, ó exponia las excelencias de alguna virtud. Por mas que busqueis el ingenio en sus discursos, os parecerá que no se halla en ellos. Con todo eso se puede en cierto modo decir, que todo es

ingenio, pero oculto el artificio de sus sermones: tan juiciosa es la distribucion de las cosas, tanta la abundancia de su doctrina, y tan sensible la fuerza, y juntamente la claridad de sus razones. El se dirige á buscar lo mas íntimo del corazon humano, y pintando vivamente la fealdad del vicio, y la hermosura de la virtud, imprime en todos el horror al primero, ó el amor á la segunda. En suma, ninguno mejor que él instruye, convence, y mueve; y sin que gaste palabras, ó sentimientos ingeniosos para deleytar, lleva siempre el oyente el sólido, y substancial gusto de haber aprendido, ó advertido mejor lo que se ha de huir, ó seguir en la vida del Christiano.

Ahora esta tan nerviosa, aunque escondida eloquencia, que no

hace ruido con agudezas, con vivas figuras, con bizarras narraciones, ni con otros afeytes de la escuela oratoria de los antiguos, y de algunos modernos, ¿será acaso una mesa donde solo se sienten los sabios, y doctos? No por cierto. A ella es convidado todo el pueblo, á excepcion de algunos pocos negados, y necios, que en ningun pais faltan. La eloqüencia del Crisóstomo tiene la admirable prerogativa de ser al mismo tiempo sublime, y popular. Todos pueden entender, y aprender lo que debe el fiel de creer, y obrar. Y son bien suficientes estos tres grandes exemplares para concluir que ventajas trae consigo la eloqüencia, que habla á todo un auditorio, y ningun otro oficio prescribe al ingenio del Orador, que el arre-

glar, y domesticar tan sabiamente el asunto tomado, que llegue al entendimiento, y al corazon, así de los doctos, como de los ignorantes. Por este mismo camino dirigieron tambien al pueblo las divinas palabras otros Santos Expositores antiguos, quales fueron Orígenes, San Efrén Sirio, San Gregorio Niseno, ó entre los Latinos San Gregorio el Grande, San Máximo, San Gaudencio, sin embargo de que en estos últimos se hallan algunas cosas, que no se deben imitar, como diremos de aquí á poco. Ni sirve el alegar algun otro de ellos, que parece haber realizado el estilo mas de lo que permite la capacidad del ínfimo pueblo, como San Leon Magno, y San Ambrosio. Es cierto que es magestuosa la eloqüencia del Pontífice San Leon,

y muy estudiados sus períodos. Pero sin embargo su modo de decir no excede las fuerzas del popular auditorio. Gran claridad, elegancia, é ingenio sabía usar quando queria el Santo Arzobispo Ambrosio; mas con todo hallamos muchas veces tan abstruso su modo decir, que es preciso aguzar el entendimiento para comprenderlo. Nosotros carecemos de los sermones suyos, que predicaba al pueblo, ó bien de repente, ó preparándose con el estudio. El reducía despues á tratados, ó libros aquello que habia predicado desde el púlpito, y añadía varios adornos, sin que se manifestase mas la forma primera de sus populares discursos. Que exponía la palabra de Dios en un modo util á todo el auditorio, tenemos por testigo á

San Agustin, que escribe así (a): *Eum quidem in populo verbum veritatis rectè tractantem omni die Dominico audiebam*; y despues vuelve á decir (b): *Sapè in popularibus sermonibus suis docentem Ambrosium audiebam*. Por tanto concluyamos, que la costumbre de todos, ó al menos de todos los mas sobresalientes Padres de la Iglesia de Dios, fué el concertar tan arregladamente su eloquencia, que igualmente sirviese á la instruccion, correccion, y provecho, tanto del sublime, quanto del ínfimo pueblo.

(a) S. August. Confession. lib. 6. cap. 3.

(b) *Ibid.* cap. 4.

CAPITULO IX.

Como se ha de servir la sabia eloquencia de las divinas Escrituras en las sagradas predicaciones.

No es, ó no debe ser otra cosa un sermón de un sagrado Ministro, que un presentar, explicar, y desmenuzar al pueblo alguna verdad, que nos ha revelado Dios en las Escrituras de uno, y otro Testamento, para enseñar lo que conviene creer, ú obrar en la santa Religión que profesamos. El modo regular de formar los sermones es el tomar un paso de aquellos santos libros, que sirva de fundamento á todo el edificio. Otros se suelen traer, ó para dar mas fuerza al tema, ó para prueba de las varias razones, y proposiciones, que se mezclan

en el discurso. Todo el tesoro á que echaban mano los Santos Padres para predicar, consistia en el uso, y en la recta aplicacion de aquellas celestiales palabras; y aunque muchos de ellos conocian muy bien los mas antiguos Intérpretes, ó Predicadores de la santa ley, con todo jamas alegaban sus autoridades, ni paso alguno de sus obras. No es poco diverso el modo con que se procede en nuestros tiempos. Por lo comun los sagrados sermones se atestan de palabras de Santos Padres, lo qual no dexa de ser laudable, siempre que se escogan para hacernos entender mejor el verdadero sentido de los divinos libros, y para imprimir mas eficazmente en nosotros las instrucciones de la fé, y de la recta moral; porque mas crédito suele

tener entre los fieles oyentes el dicho de aquellos eminentes, y santos sugetos, que el del vivo Predicador. Pero convendria escoger lo sólido, y substancial de sus tratados, ó sermones, y no aquello que es solamente sombra, y apariencia, como practican algunos, que no cogen de ellos otra cosa, que sentidos picantes, y agudezas. Llegó en nuestros días un Escritor á enseñar á los Predicadores el camino seguro de la fama, manifestando, que debian predicar á la Tertuliana, esto es, bordando todos sus dichos con las ingeniosas obscuridades, y agudas reflexiones de un Tertuliano. Otros ha habido ademas, que han caido (digamoslo así) en tan grande vileza, que han llevado al púlpito la autoridad de los modernos in-

terpretes de los divinos libros, copiantes por lo regular de los Santos Padres, cuyo consentimiento forma la verdadera inteligencia de las divinas Escrituras. Teniendo nosotros las fuentes, ¿á qué viene el acudir á los arroyuelos? Peor pues seria si se traxesen solamente vagatelas de estos modernos Expositores, como en tiempos pasados hacia alguno con las bellas invenciones del Silveyra.

Volviendo ahora á las santas Escrituras, es preciso repetir, que en el uso de estas debe consistir el nervio principal de los sermones. Mas no todos advierten qual deba ser este uso. En aquellos libros dictados por el Espiritu de Dios hallan los Teólogos muchos sentidos, á saber, el literal, el alegórico, ó tropológico, el anagógi-

co, y el moral. Digamoslo en pocas palabras. No debería el sabio Predicador usar aquellas celestiales palabras sino en su significado literal, ya sea para probar algun dogma digno de creerse, ó ya para imprimir en los oyentes algun documento moral. Todos los Maestros convienen en que para bien fundar la doctrina teológica, ó moral, conviene usar solamente de este sentido, con tal que sea sólido, y verdadero. Los demas sentidos se reducen á argumentos de poca subsistencia. No obstante respecto de los sermones donde aun á lo verisimil no se niega la entrada, es creible que se puede igualmente dar lugar á lo alegórico. En efecto es antiquísima la costumbre de hallar alegorías en todos los hechos referidos por las Escrituras canó-

nicas, habiéndolo practicado así Filon, los Esenos, y otros antiguos Judíos. Vinieron los Christianos, y se dieron á imitarlos, tanto mas porque el Apostol escribió á Timoteo (a): *Omnis Scriptura divinitus inspirata utilis est ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in justitia*; esto es, para enseñar lo que se debe creer, para corregir los errores, para enmendar los vicios, y para instruir en las obligaciones del hombre justo. Por tanto imaginaron, que qualquiera hecho contado en los sagrados libros debe contener algun misterio; y de aquí provino, que recurriesen á las alegorías, y en todas partes les pareció encontrar alguna instruccion util al alma christiana. Tal vene-

(a) *Epist. 2. ad Tim. cop. 3. v. 16.*

racion pues debemos todos profesar á los Santos Padres , que no debemos vituperar este modo de interpretar las santas Escrituras. Orígenes especialmente fué su gran promotor , y de él se sirven tambien los Santos Ambrosio , Augustino , Cirilo Alexandrino , Gregorio el Grande , y otros , como se puede ver en sus sermones. Con todo no será temeridad el decir , que estos sentidos alegóricos , y anagógicos sacados de la Escritura , ni aun en los sermones tienen fuerza alguna para enseñar las verdades , convencer , y mover , á excepcion de aquellas alegorías , que hallamos expresas en el Sagrado Texto , y autenticadas por el Espíritu Santo. Quando el Predicador saca á la luz tan ingeniosos descubrimientos , la gente grosera

no entiende por lo comun aquellas sutilezas , y todas las personas inteligentes advierten , que el paso de la Escritura no contiene aquel sentido , y que no es otra cosa , que un trabajo de la fantasía del que habla. No es el Espíritu de Dios el que entonces nos presenta una verdad , como sucede en el sentido literal , sino el ingenio del Orador es el que arbitrariamente ha fabricado aquel sentido alegórico , ó misterioso. No siendo este una instruccion cierta , no puede hacer impresion alguna á los oyentes. Hallamos por exemplo , que S. Agustin suelta la rienda á su ingenio para hacer ver , á manera de los Pitagóricos , que el número de los treinta y ocho años del enfermo , hallado en la Probática Piscina sin haber sanado , y en

el de los ciento y cincuenta y tres peces cogidos en un tiro solo de la red de los Apóstoles, se halla un misterio. Es, maravilla, si al oír tan violenta interpretación no se fastidia el pueblo. ¿Cómo se ha de probar que la intencion del Espíritu Santo ha sido el darnos allí aquel documento? Por esta razon será el mas útil, y seguro partido de los sagrados Oradores el de aquellos que no citan sino pasajes de los santos libros en su sentido literal. En ellos es Dios el que habla, y no el ingenio del Predicador: y faltan por ventura semejantes pasos para qualquiera asunto que se halle? Estos son las armas, y flechas mas á propósito para expugnar el corazón del hombre. Atended tambien al gran Maestro de la Eloquencia chris-

tiana, á saber, el Crisóstomo: su tesoro de ciencia quasi siempre le subministra solo el sentido literal de los divinos libros, sin perderse en producir devotas imaginaciones, y ya sean palabras, ó ya hechos, saca de ellos lo moral con una fundamental instruccion de su pueblo.

CAPITULO X.

De la amplificacion.

Algunos sagrados Oradores modernos tienen puestos tres quartos de hora como por tasa para predicar á su Pueblo, otros llegan á una hora, y pocos á cinco quartos. Tengo por firme, que los primeros lo aciertan mejor. En aquel espacio de tiempo se puede regularmente decir todo lo que ocurre

concerniente al asunto, y no se cansa á los oyentes. Aun por una hora puede oirse sin molestia un Orador elegante; pero si él excede esta medida, corre peligro de fastidiar, tanto á doctos, como á ignorantes. La Música por bella que sea, si se alarga demasiado, cansa, y enfada: pues cuánto mas un discurso que pide grande atención? Supuesto, pues, hasta quanto tiempo se debe extender el sermón, el inteligente en su ministerio, y abundante en conocimientos, propone en pocas palabras el asunto; y habiéndole dividido, si le pareciere, en dos, ó tres puntos, regularmente se dirige á sacar á luz las doctrinas, y razones oportunas, y al fin con la peroración intenta recoger el fruto de su fatiga. Pero hay en esto una gran diferencia. En los mejores

Oradores no se halla un sentimiento, una palabra, que no convenga al asunto: todo tiene fuerza, y todo conspira á hacer entender, y persuadir lo que se quiere. Mas hay otros, que sabiendo ser permitida, y aun alabada la amplificación en las Oraciones, aunque sin saber en qué consista esta, verdaderamente se dan á explicar, y dilatar de varios modos la misma proposición, siendo esta muchas veces facil de comprehenderse; porque en las difíciles es permitido, y aun necesario el aclararlas, advirtiendo sin embargo S. Agustín (a), que semejantes cosas, *in Populi audientiam, vel raro vel nunquam mittende sunt.* Observad, pues, los sermones de semejantes Oradores, y advertireis, que son

(a) *Aug. lib. 4. cap. 9. de Doctrin. Christian.*

muchas las palabras, y pocas las cosas. No queremos á la verdad que el Predicador diga mucho en poco, pues él ha de acomodar su eloqüencia aun á la necesidad de los limitados entendimientos; pero tampoco debería decir poco en muchas palabras. Siendo joven, frequenté los sermones de un acreditadísimo Orador: todo me parecia excelente. Ya hombre hecho, volví á oírle, y hallé tal vez crias, y superfluos follages. Era sin embargo tanta la virtud, y la fuerza de su decir, que en esto no se reparaba, y su auditorio se partia regularmente convencido, y conmovido.

Otros hay que para llenar la medida destinada para su trabajo comienzan por un trabajado, y largo exórdio, en el que proponen por fin el asunto que se ha de tratar. ¡Tan-

tas palabras para esto solo! El mismo Quintiliano advertia, que en las Suasorias conviene un breve proemio. Seguid despues al Orador, y notad quanto tiempo emplea en referir, y adornar un hecho de las divinas Escrituras, sino es acaso tomado de las historias profanas, lo qual no hacian los Santos Padres, porque estaban persuadidos que las mismas Escrituras subministran abundantemente todo quanto puede necesitar el Predicador para abrirse camino al sentido moral, en el que debe principalmente consistir la instruccion, y correccion del pueblo. Otros que aspiran á la gloria de ser llamados Escriturarios, acostumbran llenar otro hueco de sus sermones proponiendo una questão sacada de los mismos divinos libros, ya de

un pasage obscuro, ó ya de una aparente contradiccion en los hechos, ó en las palabras del sagrado Texto. Y aquí copian un retazo del Jansenio, Obispo de Gante, y de los Intérpretes, y Comentadores de la misma Escritura, y de esta suerte continúan el sermón. No sé yo tan temerario que repruebe poco, ni mucho semejante costumbre. Muchos Santos Padres tenemos que han ido por este camino, y siempre es ganancia para los Fieles el penetrar en los arcanos, y el discernir el verdadero sentido de aquellos libros, que Dios ha destinado para nuestra saludable instrucción. Sin embargo diré que los antiguos Padres entraban en semejantes consideraciones, y explicaciones de las Escrituras, porque se ponian de propósito á exponerlas,

é ilustrarlas, aclarando sus dificultades. Todo el pueblo podia entenderlo, siendo como era entonces el latin la lengua vulgar del Occidente, como el griego del Oriente, y el siriaco de la Syria. Hoy dia el pueblo, que por la mayor parte no entiende el latin, poco, ó ningun fruto lleva á casa de aquellas doctas explicaciones, y el aprovechamiento se queda solo para los literatos. Ademas de que hay algunos que fuera de propósito hacen ostentacion en sus sermones de esta erudicion, por lo qual viene á reducirse á un vano engreimiento. Será, pues, lo mejor el abstenerse generalmente de semejantes disputas, insistiendo sobre el asunto con pasages claros de las Escrituras, y con fuertes razones, y entonces solamente será

lícito, y loable el entrar en ellas, quando algun pasage, ó caso de los divinos libros parezca oponerse al asunto mismo. El Crisóstomo explica admirablemente las Escrituras, quando emprende este asunto. Pero en sus homilias únicamente morales, no suele mezclar semejantes quæstiones; y exemplo de tan excelente Maestro, es muy digno de que le sigan los sabios Predicadores.

Mucho mas reparables son otros, que yo no sé si por suplir la pobreza de sus facultades, ó bien por la vanidad de hacer conocer al Pueblo, que ellos han estudiado la Teología Escolastica, y son Maestros de ella, producen en sus sermones alguna quæstion sacada de la misma Teología. No advierten, que esta es mercancía

echada al viento, y que el Pueblo no llega á aquellas sutilezas, ni necesita de tan sublimes lecciones. Para las Cátedras, no para el púlpito, se han hecho semejantes pasatiempos. Si atendieran entonces los Predicadores al semblante de los oyentes, muchas veces echarian de ver lo que es inutil, ó no hace fuerza en sus discursos. En suma, el prefixarse por medida regular de los sermones el tiempo de una hora, es causa muchas veces de que en ellos se mezclen muchas vagatelas, ó que se introduzcan cosas, y palabras superfluas. Cásase el ingenio amplificatorio para extender, y adornar una proposicion, y despues de varias vueltas, y revueltas no recoge el oyente, sino lo que habia entendido al principio. No quiero yo por esto

reprobar la amplificación; sino que quiero solamente decir, que esta debe ser substancial, y no afectada. Atended á la que usan el Crisóstomo, y San Agustin. En el primero particularmente se nota, que siempre adelanta: no emplea afluencia de palabras, sino sentidos útiles, y aun muy de ordinario se entra en el asunto sin preparar al oyente con estudiados exórdios, y así hace tambien S. Agustin. Regularmente tenían ellos por perdido aquel tiempo, con todo de que sabian lo mucho que los profanos maestros de la Eloquentia escribieron sobre la formación de los mismos exórdios. Y supuesto que hemos dicho, que hoy en dia los mas del pueblo no entienden el latin, y los Predicadores están destinados para explicarles el texto latino de los divinos

libros que no comprehenden, sería muy conveniente que presentasen á los oyentes aquellas celestiales palabras tambien en lengua vulgar, para que á lo menos por este medio fuesen ellos igualmente admitidos á la inteligencia de unos libros tan importantes para la instruccion, y santificación de todos. Basta para esto el tener presente, que el Predicador no habla con los literatos solamente.

CAPITULO XI.

De la accion conveniente al Predicador Christiano, con otras observaciones.

Grandes cosas dixeron los antiguos Maestros Gentiles de la Retórica, y Eloquentia sobre la accion de los Oradores, que consis-

te en la hermosura , y plegaduras de la voz , y en el bien ordenado movimiento del cuerpo con que se acompaña el decir. No sé como Demóstenes llegó á creer, que en la accion principalmente residia el buen éxito de la Eloqüencia. En efecto nosotros experimentamos, que la diversa melodía de la voz, y la bella gracia del que dice nos tiene atentos , nos deleyta, y arrebatada. Esto es efecto de aquella secreta música , y del bien concertado movimiento del que discurre. Dichoso el que tiene este don de la naturaleza! Digo de la naturaleza , porque bien puede el arte ayudarle , y mejorarle ; mas si el buen fondo no proviene de un talento natural , no se llegará jamas á la excelencia de la accion. El que ha sacado una voz debil , esté en la

firme inteligencia de que si se pone á predicar , hará bostezar al auditorio. El que solo lleva al púlpito la Monotonía , es decir un invariable tono de voz , es muy facil que fastidie , á lo menos no deleytará. El continuado exercicio en cantar psalmos puede fortificar la voz , y subministrarla diversas flexiones. Sin embargo, esto no llega á suplir aquella ventaja, que ha negado la naturaleza. La voz fuerte goza el privilegio de sojuzgar el oido de los oyentes, y de tenerlos atentos ; pero no suele mover sus ánimos , si no es flexible, mas que al terror. Al contrario una voz de buen metal, clara, delicada, que sabe pasar de lo grave á lo agudo, y acomodarse á los varios afectos que quiere mover el Predicador , esta con un secreto encanto

atraerá á sí á los oyentes, y hará que agrade quanto dice. Mas supuesto que no está en nuestra mano el nacer como quisiéramos, no por esto ha de dexar de esparcir la semilla del Evangelio, el que por obligacion, ó por impulso de Dios es llamado á tan santo ministerio. Con el continuo predicar, su áspera voz se suavizará, y la debíl se fortalecerá, como le sucedió á San Bernardino. Dadme uno que tenga, y sepa mostrar su zelo por el bien de las almas, y que hable con afecto al pueblo, qualquiera que sea su voz, servirá muy bien para su intento, y conseguirá con ella fruto. Hay algunos aptos para enseñar, y convencer; mas no saben, ó no pueden tocar las cuerdas que mueven. Otros tienen una maravillosa energía (y aun á esto

contribuye bastante la voz) para excitar en los oyentes el terror, el amor, el odio, la compasion, las lágrimas. El que no lo pueda todo, debe hacer á lo menos aquello que le sea posible. Vuelvo sin embargo á decir, que mucho podrá hacer el que dá á conocer su zelo, y usa en quanto puede el afectuoso hablar de un buen padre, que exhorta, y corrige á un hijo que ama. El hacer esto está en mano de todos. Si no tienen habilidad para mover las lágrimas, pueden muy bien tenerla para mover el corazon. Aquellos que hablan solo al entendimiento, y se descuidan de hablar al corazon de los oyentes, pierden lo mejor de sus fatigas.

Por lo que toca, pues, al semblante, y al gesto, tambien este se ha de proporcionar á quanto dice el

Predicador, pudiendo ciertamente dar fuerza, y gracia á sus dichos. Mas no penseis, que á un Ministro de Christo en el púlpito puedan convenir otro semblante, ni otros gestos mas que los de la humildad, y de la modestia. Yo he conocido algunos, que en el púlpito se baxaban, se torcian, y meneaban los brazos quanto podian: brincando aquí, y allí, repartian estocadas á todas partes; no debian estos de saber bien qué cosa es la gravedad. Otros con curiosos estiramientos de cuerpo imitaban á un pecador desesperado, á un Martyr en el potro, á una alma condenada. Entre otros conocí á un Predicador grande á la verdad, pero perezoso, y flemático, que habia compuesto varios sermones fuertes, aunque algunos adocena-

dos, sin cuidar jamas de corregirlos; y quando predicaba estos últimos, se figuraba poder darles mayor realce agitándose un poco mas de lo que acostumbraba; pero aquellos pobres sermones quedaban, no obstante esto, como eran, y él con todo su sudor no los hacia crecer el peso de un grano. Ciertamente, que el que va á oír la palabra de Dios no piensa en ir á una comedia. El púlpito ha de ser un teatro, no de la vanidad, sino de la humildad, y de la modestia; y esta debe manifestarse tanto en los gestos, como en el semblante, en los ojos, y en el proceder del Predicador. Tal era la gravedad no afectada, sino sincera de algunos piadosísimos, y excelentísimos Oradores sagrados, que yo he visto. Estos se ponian en el púlpito

á predicar con un modo regular, con los ojos baxos, y rostro inclinado, y despues no usaban sino de un lento, y grave gesto. Muy al contrario sucede con aquellos que desde luego que suben á aquel sagrado lugar, os parecen de un gran pecho, están con la cabeza levantada, y echan unas fulminantes ojeadas por todo el auditorio, de suerte que os viene la tentacion de decir: *Ve aquí la misma soberbia en el púlpito.* No puedo yo determinar, qué fruto se habrá de esperar del que se os presenta sin la vestidura que nuestro divino Maestro exige en todos, pero especialmente en sus Ministros.

Al paso que la humildad, debe campear en los sagrados discursos al pueblo la caridad. Hay Predicadores que hablan con tono impe-

rioso á los pecadores, y les pintan tan horriblemente su estado, que en lugar de aterrarlos, los conducen á la desesperacion. Yo confieso que es loable, y util, al paso que lícito, el dexarse llevar contra los pecadores; pero jamas debería el Predicador tirar invectivas de suerte que olvidase el espíritu de la caridad. El es Ministro de aquel Dios, que es la caridad misma, y que todo lleno de misericordia va en busca de los Pecadores. Despues de haber cargado la mano contra los vicios, y reprehendido con esfuerzo á aquellos especialmente que están habitados, y dormidos en la iniquidad, ha de volver á tomar (y de este modo lo hacen los mas sabios) las entrañas de padre, y hablar afectuosamente al corazón de todos.

Mas moverá el amor, que no el terror, porque mas penetrante espada suele ser la amorosa exhortacion del que se demuestra padre, que los resentidos gritos del que se manifiesta dueño. Igualmente no debe ser inferior la gravedad, y seriedad en el que toma á su cargo el empleo de distribuir al pueblo la palabra de Dios. A esta obligacion se puede contravenir en dos maneras, á saber, haciendo reir, ó cayendo en la sátira. Tal vez habreis hallado quien se pone á contar en el púlpito novelas graciosas, respuestas, ó reflexiones que mueven la risa; y algunos, especialmente en el sermon del santísimo día de la Pasqua, se imaginan que la alegría de aquel día basta para justificar su licencia de alegrar con gracejos á sus oyentes. ¡Oxalá

no sea cierto, que los Ministros del Altísimo sirvan en manera alguna á la diversion del pueblo! El templo del Señor, y su sagrada Cátedra, donde se eleva una escuela de santidad, no es lugar de vagatelas. Por esta razon decia San Gerónimo (a): *Ille est Doctor Ecclesiasticus, qui lacrymas, non risum movet.* La virtud regular de la sátira es tambien la de hacer reir á todos, sino los que se sienten directamente tocados de ella. Con el uso de este azote puede muy bien el Predicador prometerse muchos oyentes; pero tenga por seguro que ningun bien espiritual producirán las fatigas de su ingenio. La gente saldrá de la Iglesia riyéndose, y refiriendo únicamente aquellos sentidos picantes, que han da-

(a) Hier. lib. 1. cap. 1. in Lamentat. Jeremie.

do pasto á su malicia. El Predicador habrá tambien de dar cuenta á Dios de haber como autorizado desde un lugar tan santo la sátira, la qual no se conforma con la perfeccion del Christiano, ni con la gravedad, que el púlpito requiere. Se debe corregir, y expugnar el vicio; mas no con palabras, ó motez pieantes, y con desprecio ridiculizar al vicioso. Esto mas seria irritar, que querer convertir al que lo necesita.

CAPITULO XII.

Qual Eloqüencia convenga al que debe predicar al pueblo ignorante solamente.

Ha prescrito la sabia economía de la Iglesia Cathólica, que á ningún género de personas falte jamas quien explique, é insinúe las leyes

de nuestra santa Religion, para apartar á las gentes del camino de la perdicion, y guiarlas por el otro de la salvacion eterna. Pero para el rústico pueblo de las Aldeas, y para la plebe de las Ciudades hay particulares Predicadores, esto es, los Párrocos, que tienen esta especial obligacion en las mismas Aldeas, ó bien otros Ministros de Dios, sacados de los mas zelosos órdenes de su Iglesia. Es, pues, evidente, que estos tales no solamente debén guardarse de usar con aquellos pobres ingenios de la Eloqüencia sublime, sino que están tambien obligados á escoger la mas popular, aun la ínfima, á fin de proporcionar su modo de decir al grosero entendimiento de los otros. La claridad, como hemos dicho, es un condimento ne-

cesario para todo género de Eloquentia: ¿pues cuánto mas quando se habla á personas ignorantes, de cabeza redonda, como suele decirse, y dotadas de tan corta provision de ideas? Es necesario que entonces el Predicador se figure ser un aldeano, á quien otro quiere enseñar, ó persuadir alguna cosa, preguntándose á sí mismo: ¿entenderia yo estas palabras, frases, sentimientos, y doctrina, si mi entendimiento, y mi ciencia no llegasen á mas que la de un pobre criado, un gañan, ó una muger de baxa esfera? Por tanto aquí mas que nunca se ha de usar del familiar discurso; no formar períodos, sino valerse de un decir conciso, y tal vez de preguntas, y respuestas. Todo lo ingenioso de semejantes sermones debe consistir en

hacer palpables en quanto sea posible las nociones intelectuales, y en él hallan aquellas figuras, y en aquel modo de decir, que suelen hacer impresion en el usual discurso; pero sin declinar en la vileza, ni en la demasiada baxeza. Nosotros lo experimentamos: los que hacen las sagradas Misiones en las Aldeas acostumbran á formar de esta suerte sus discursos, y son entendidos. Ni mas, ni menos deberían hacer los demas Predicadores, que tienen la incumbencia de instruir á gentes de escaso cerebro. Por tanto á todos los expositores de la divina palabra hablaba San Agustin, quando escribió: (a) *In omnibus sermonibus suis primitus ac maxime ut intelligantur, elaborent ea quantum possunt perspicuitate*

(a) Augustinus de Doctrina Christ. cap. 9.

dicendi, ut aut multum tardus sit qui non intelligat, aut in rerum quas explicare, aut ostendere volumus, difficultate ac subtilitate, non in nostra locutione sit causa, quominus, tardiusve, quod dicimus, possit intelligi. Y mas abaxo añade: *Is autem est optimus dicendi modus, quo fit ut qui audit, verum audiat, & quod audit, intelligat.* Dadme, pues, un auditorio compuesto solo de rústicas personas, y negad despues, si quereis, que aqui se necesita un estudio mucho mas particular para introducir en aquellas pobres cabezas las verdades Evangélicas.

Si el estilo debe ser entonces claro, facil, y llano, por la misma razon se ha de escoger tambien así la doctrina. ¿Qué tienen que hacer con gentes provistas de tan

corto entendimiento los elevados dogmas de la Religion, las sutiles reflexiones, las quëstiones abstrusas, y metafisicas, y los geroglíficos de ciertos interpretes de las divinas escrituras? Algunos, pues, de estos compositores de sermones, digamoslo así, rústicos, y plebeyos, por no saber hacerlo mejor, recurren *al gran Teatro de la vida Humana*, y á otras miscelaneas para buscar en ellas materiales: sacan una procesion de Santos Padres para probar una proposicion, porque han logrado la feliz suerte de haber aprendido la Filosofia barbárica; y lo que es mas la Escolástica Teología, y aun de allí toman algun pasage gustoso para dar reputacion á las materias. Así forman de retazos sus discursos, y se imaginan haber hecho

un excelente trabajo, especialmente si insertan despues en ellos ingeniosas interpretaciones de las divinas Escrituras, sacadas de quien halla misterios en cada hecho, y palabra de los divinos libros. Con tal mezcla de ingredientes se llega á formar un sermon, y se predica; mas ¿con qué eprovechamiento del rústico pueblo? Nada importa á semejante gente el aprender doctrinas de esta clase, aun quando llegue á entenderlas, y tenga paciencia para escucharlas. La pobre gente va allí para instruirse en las obligaciones del Christiano, y de su estado, para lo qual ocurren textos literales, pasages claros de las santas Escrituras, razones sólidas, modo de decir, y figuras proporcionadas á la capacidad de las infimas perso-

nas. Estos pasos, y razones las han de buscar estos Predicadores en los sermones, y homilias de los Santos Padres, y de los insignes Predicadores modernos, que de cerca de ciento y cincuenta años á esta parte han florecido en Italia, y Francia, valiéndose despues de aquellos despojos como de caudal propio, y sin vergüenza, ó escrupulo alguno. Asimismo si quieren hacer útiles edificios, deben tambien ellos, al modo que practican los mas acreditados Profesores, estudiar la Filosofia Moral, para conocer los apetitos, y las pasiones, esto es, las ocultas ruedas, y fibras del corazon humano, los desórdenes del amor propio, y las costumbres, que en todo tiempo han sido con poca diferencia las mismas, y especialmente aquellas que

tienen mas séquito en nuestros dias. Quando un Predicador, sea infimo, ó sea sublime, desciende al particular exámen de los pensamientos, de los deseos, de las acciones, y costumbres de sus oyentes, descubriendo lo defectuoso, y malo de ellas, reparad como todo el auditorio tiene los oidos alerta, y los ojos fixos en el Predicador. El no reparaba en sus propios defectos: viene un piadoso Médico, que todos los descubre, y proponiendo los remedios para ellos, convida á la curacion á los que aman con verdad el propio bien. Por tanto el Predicador, que únicamente trabaja con las máximas generales, no hay duda que instruye, y siendo este fondo doctrinal, puede utilizar no poco; pero mucho mayor fruto sacara de

su decir, si baxando despues á los particulares, sabe aplicar bien aquellas máximas á los diversos casos, y á las varias actuales acciones de los que le escuchan.

A todo promulgador de la divina ley le es permitido el traer los hechos, y exemplos de los Santos; pero esta licencia conviene especialmente á aquellos que hablan al populacho. Lo que aquí se debe de notar únicamente es, que estos hechos sean entresacados, no del *Prado florido*, y de otras turbias, y dudosas fuentes, sino de las vidas de los mismos Santos, compuestas por acreditados Escritores, y si es posible, que sean contemporaneos. Supuesto que á la pobre gente no le cuesta fatiga alguna el entender semejantes exemplos, que contienen algun

año de virtud, es cosa legítima, y provechosa para llevarse al púlpito. Ya se puede advertir, que yo hablo aquí de exemplos de virtud, y no de milagros, que de esto trataremos de aquí á poco. Asimismo en qualquiera sermon, quando convenga, es laudable, y tal vez necesario el hacer la explicacion de la doctrina á los adultos, repitiendo, y explicando lo que aprendimos de niños con poca advertencia. Este oficio se ha de exercitar especialmente quando se predica á la gente rústica, y trivial, que mas que otros necesita de instruccion, pero es preciso hacerlo con discrecion, y prudencia. Por habérsele escapado á uno de semejantes Predicadores el decir, que su rústico auditorio jamas hacia una buena confesion, aclarando to-

das las dificultades, y defectos que ocurren en ella, he visto enloquecer algunas pobres mugeres. A este modo otro se puso en la cabeza el probar, que aquella infima gente jamas tomaba las indulgencias como convenia. Ha! que Dios castiga á la malicia; mas, como Padre de misericordia, perdona mucho á la ignorancia. Ciertamente que escasea de juicio aquel que representa nuestra santa ley excesivamente rígida, y conduce á la gente de buena voluntad, y sobre todo á los pecadores á la desesperacion. No conoce bastante á Dios el que habla de este modo.

CAPITULO XIII.

De los Panegíricos de los Santos.

Oh! aquí es donde por lo común los sagrados Oradores, que gozan gran fuerza de ingenio, y fecundidad de fantasía, se dexan ir á velas desplegadas, no sé si para exáltar hasta las estrellas el mérito de los siervos de Dios, ó para convencer á los oyentes de la admirable felicidad de su propio talento. Aquí es donde desenvuelven las mas suntuosas tapicerías de su eloqüencia, juntan joyas, y flores para adornar con mas coronas á aquel santo Ciudadano del Cielo. ¡Pluguiese á Dios, que todos lo hiciesen con peso, y con juicio! Hemos tenido, y aun podemos mostrar en el dia muchos

Panegiristas sabios, que al formar los elogios de los Santos, se guardan de todo exceso, y caminan siempre al fin principal señalado á semejante género de composiciones. ¿Y qual es este fin? El de conducir *per exempla Sanctorum* á los oyentes, ó lectores al amor de Dios, y del próximo, y á la práctica de las virtudes christianas. Pero tambien hay muchos, que piensan muy poco en esto. Su único pensamiento se reduce á buscar, ó escoger los mas bellos coloridos, para hacer que su Santo parezca grande, y aun el mayor de los demas Santos. Todas sus acciones, aun las mínimas, han de recibir un gran realce, y han de venir á ser ilustres virtudes, ampliando el pincel oratorio las que la historia ha callado, ó si las ha dicho, ha sido con muy

breve, ó sucinta narrativa. Si aquel Santo no procedió de este modo, debía (con su licencia) de proceder como imagina el sagrado Orador. Asimismo pasan tal vez á la comparación de este con otros Santos: aun ponen las acciones de este su favorito á la frente de las de nuestro Divino Salvador, y os hacen palpar ha pasado mas adelante su apasionado Héroe. No se atreven á decirlo, pero parece que lo quieren dar á entender, que él es un Dios, ó á lo menos que en él reside gran parte de la divinidad, y especialmente la omnipotencia.

Pocos habrá que no hayan oído á mas de uno de semejantes Patiristas, y mi larga vida me ha proporcionado el oír muchísimos. Oh buen Dios! ¡Qué locas exáge-

raciones, qué atrevidas reflexiones, qué necedades, en una palabra, me han herido los oídos, hasta causarme tal vez horror! ¡Grande ignorancia, si piensan que dicen bien! grande temeridad, si conocen que hablan mal! Yo tengo por firme que los Santos, aunque elevados al goce de los inefables bienes del Paraíso, no obstante, como que no están aún olvidados de su propio *nada*, en vez de complacerse con tan disparatadas alabanzas, las aborrecen, las detestan. La adulación puede muy bien prometerse buena fortuna con las vanas cabezas de los vivientes; pero no debe esperársela sino mala delante de aquel que en la tierra tuvo siempre abominación al humo, y ha llevado tambien consigo al Cielo la humildad. Mas en lo que se ad-

124 *Ventajas de la*
vierte sobre todo el delirio de algunos, es en el referir los milagros de los Santos. Tenemos Cánones, y especialmente del sagrado Concilio de Trento, que prohíben el divulgar milagros sin el exámen, y aprobacion de los Obispos. Véase tambien la insigne obra del Eminentísimo Lambertini *de Beatif. Serv. Dei*, en la qual se manifiesta la grande circunspeccion con que se procede en Roma para la verificacion de estos sobrenaturales sucesos. No obstante esto, no falta quien tenga por lícito el traer al púlpito milagros, privados enteramente de exámen, y de testimonios seguros, tomados de gazetas, ó de relaciones subrepticamente impresas, suponiéndolos acaecidos en paises remotos, y sin especificar el nombre de quien ha

Eloquencia popular. 125
recibido la gracia. Todo viene al caso, con tal que sirva para hacer parecer á aquel Santo un grande Taumaturgo. Milagros se oyen como executados por los siervos de Dios en su vida, que aun no fueron sabidos de quien poco despues de su muerte escribió la vida de ellos, ó no se leen en el proceso hecho para su Canonizacion. Además, se llegan de tal suerte á adulterar los milagros referidos en sus antiguas vidas por personas graves, que vienen á ser unos milagrones extraordinarios, por los quales quedan de espanto encantados los pobres oyentes. Siempre ha habido, y habrá verdaderos milagros en la verdadera Iglesia de Dios; pero tampoco han faltado, como entre las buenas monedas los fabricantes de malas, así tambien inventores,

ó por simplicidad, ó por malicia, de milagros falsos. Pero que los Ministros de Dios en el púlpito, esto es, en el tribunal de la verdad, extiendan confusamente los unos, y los otros, sin distincion alguna, y sin querer reflexionar si aquellos milagros están autenticados por el exámen de la Santa Silla, ó de los Obispos, ó referidos por Escritores graves, y contemporáneos, y que causen que á fuerza de alteraciones se hagan increíbles los que son creibles en las vidas acreditadas de los Santos; ¿dónde está su juicio? ¿dónde la conciencia?

Ois por exemplo un Predicador, el qual para háceros comprender bien qual sea la singular eminencia, ó preeminencia de su Santo, os dice, que el resucitar muertos, el dar vista á los ciegos,

el sanar á los tullidos, son vagate-
las, y no milagros dignos de aquel dichoso Héroe. Y aquí se ponen á referir milagros jamas oidos, y tan ruidosos, que hacen arquear las cejas á los oyentes del populacho, que llegan á entenderlos. Ni advierten que el querer poner á su Santo sobre todos los demas Santos es una temeridad, y sobre Jesu-Christo, es un escandalo, y en cierto modo una heregía. Lo que mas agrava su causa es, que ponen en comparación con los estupendos, é indubitabilísimos milagros de nuestro Divino Salvador, milagros fingidos, y que no puede creerlos, sino quien sea escaso de juicio. Como al oír á este Panegirista decir: cae en desesperacion una persona, y exclama que no cuida de salvarse. Replica el San-

to, que á despecho suyo él quiere que se salve. Y aquí hace baxar del cielo una cédula con estas palabras: *Nos la Santísima Trinidad, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, prometemos el Paraíso por los ruegos de nuestro Siervo á N. N. con tal que se confiese, &c.* ¡Oxalá no se verifique que yo me ponga á glosar este, y otros semejantes raros, y aunque únicos, muy inverosímiles sucesos, de los cuales tengo por mejor no hablar palabra, porque no hay persona inteligente que no conozca su impropiedad, é insubsistencia! Si semejantes géneros sirviesen de hacer ridículo solamente al que con tanta franqueza los extiende, poco sería el mal; pero también se desacreditan los Santos, y con la mezcla de los milagros fingidos se hace dudar de los ver-

daderos, que Dios ha obrado por su medio, padeciendo en esto la misma Iglesia nuestra Madre, como si ella aprobase semejantes licencias, y abusos, siendo así que los detesta. Ni bastaría el decir, que la Iglesia no obliga á alguno á creer estas cosas admirables, y así que las crea el que quiera. Ciertamente que el Predicador las dice para que todos las crean; y entre tanto ningún cuidado le dá, si estas son ficciones, y si promueve la devoción ácia aquel Santo con imposturas. Yo no quiero decir mas, y solo me reduzco á alabar aquellos sabios, y moderados Parnegiristas de los Santos, que no emplean todas sus doctrinas en hacer parecer un gran hacedor de milagros aquel Santo, porque semejante objeto encierra un oculto vil

interés; sino que principalmente se extienden por sus virtudes, para dar por ellas alabanza á Dios, y para excitar al auditorio á su imitación. Y supuesto que cede tambien en gloria de Dios el haber obrado milagros por la intercesion de los Santos, mezclan tambien algunos en los Panegíricos; pero haciendo eleccion, y sacando aquellos solos, que fueron examinados, y aprobados por los Superiores, que no envuelven inverosimilitudes, ni un caprichoso despotismo de los Santos, para demostrar su ilimitado poderio. Estos tales desempeñan muy bien su ministerio.

CAPITULO XIV.

Conclusion de esta obra.

Tres son las clases de las personas christianas, que suelen, ó que deberian concurrir á oír la palabra de Dios. A saber, los literatos, ó aquellos que por felicidad de entendimiento, ó por la lectura de buenos libros, ó por la práctica del mundo, han limado tanto su ingenio, que ninguna dificultad experimentan en entender aun los mas elevados discursos. La segunda clase es de aquellos, que gozan un mediano entendimiento, no desbastado á fuerza de científicas reflexiones, ni acostumbrado á largos períodos, ni á las escogidas frases de los ingeniosos escritores. La tercera es la que toca al popu-

lacho, las mugerzuelas, y los groseros villanos. Es cierto que el sagrado Orador se ha de adaptar al entendimiento de estas diversas clases de hombres. Quando habla á los primeros, por muy sublime que quiera ser su decir, podrá conseguir aplauso, y fruto. Por el contrario, quando hable á los últimos convendrá que se abata hasta la tierra, eligiendo sentidos y modos de decir tan familiares, que puedan penetrar en el estrecho recipiente del que los oye, so pena de perder todo su caudal haciéndolo de otro modo. Finalmente, para las personas del medio, es necesario que halle un temperamento de decir entre lo sublime, y lo ínfimo, que pueda convenir á su limitada comprehension. Y supuesto que, como ya hemos

advertido, á los sermones regulares, que se hacen especialmente por la Quaresma, y por el Adviento en las Ciudades, concurren las personas del primer grado, pero incomparablemente mas de las del segundo, suplico á los sagrados Ministros de Dios, que me digan, si es justo mi deseo, de que ellos se sujeten antes á la eloqüencia popular, que á la sublime, acordándose de que hablan al pueblo, es decir á un auditorio compuesto de pocos doctos, y de muchísimos ignorantes. ¿De qué sirve que acabada la Quaresma salga á luz una bella recoleccion de composiciones poéticas en su alabanza? Esto no es otra cosa, que una confesion del placer que los bellos ingenios han experimentado al oír las producciones de su feliz inge-

nio. Pero preguntad al pueblo, que es el que constituye la fuerza mayor del auditorio, si ha entendido aquellos sermones, si los ha hallado claros en la instruccion, fuertes para convencer, afectuosos para mover. Quando el pueblo no haya hallado estas delicias al escucharlo, poco ha ganado el Predicador, y aquellas poéticas alabanzas no resarcen tanto como ha descuidado, y perdido. Ni vale decir, que con todo eso estaba atenta la gente. Pues yo he visto labradores, y pobre gente escuchar con la boca abierta Panegiristas, que parecía hablaban con los Angeles, sin que les comprehendiesen aun el mas leve sentido.

Por tanto, segun el dictamen de los sabios, aquel debe llamarse excelente Predicador, que sabe

con tal juicio manejar el estilo, y los demas ingredientes del arte oratoria, que puede hacerse entender, aprovechar, y agradar tanto á los mas, como á los menos inteligentes. Mayormente pues deberian los sagrados promulgadores del Evangelio enamorarse de la popular eloquencia, porque esta se puede formar con tal finura de arte, que igualmente acarree placer, y provecho á los espíritus sublimes, que á los ínfimos, en lugar de que la sublime es únicamente á propósito para alimentar á los pocos afortunados ingenios. A mí me ha sucedido el oír Predicadores, que aun usando de la ínfima eloquencia quando hablaban con la pobre gente, lo sabian hacer con tal gracia, é ingeniosa claridad, que arrebatavan el corazon aun de los

mas vigorosos ingenios, y adornados de erudicion. Otros conozco, que saben usar aquella eloqüencia, y noble sí, pero llana, que trae una util, y deleytable instruccion tanto á los de la primera, quanto á los de la mediana clase del pueblo. Mas no proceden así otros. Casi diriais, que su Retórica se dirige á obscurecer las cosas, para dar solamente á los grandes ingenios el secreto gusto de descifrarlas, y de entender en ellas lo que no se explica. No enseñó á proceder así á los Predicadores el iluminado Apostol de las Gentes. Ved aquí sus palabras á los de Corinto (a):

Et ego, cum venissem ad vos, fratres, veni non in sublimitate sermonis, aut sapientie, aut iudicantis vobis testimonium Christi. Despues

(a) *Epist. 1. ad Corim. c. 2. v. 1.*

añade: *Et sermo meus, ac predicatio mea, non in persuasibilibus humana sapientie verbis, sed in ostensione spiritus, & virtutis.* No es esto vituperar la eloqüencia, sino desear aquella que esconde el ingenio, y trata con tal fuerza, claridad, y gracia las verdades de nuestra eterna salud, y del sabio gobierno de nosotros mismos, que igualmente salga de la Iglesia instruido, movido, y arrebatado el literato, que el ignorante. En los sermones de San Pablo no se dexaban ver las amplificaciones, los pomposos adornos, y las finuras de aquellos grandes Oradores, que producidos por la Grecia, son todavia objetos de nuestra admiracion. Y con todo eso, ¿qué efecto no producian sus sermones así en los Griegos idólatras, como

en los bárbaros idiotas, así en los sabios, como en los ignorantes? El exponer claramente la doctrina del Evangelio, y la filosofía christiana, el fortificarla con sólidas razones, el persuadirla con zelo, y afecto, era la fuerte elegancia, y las poderosas armas, con que el grande Apostol expugnaba los entendimientos, y los corazones de todos.

No obstante lo dicho es digno de desearse, y aun necesario, que el que se aplica al empleo de Predicador, y especialmente de Predicador urbano, estudie los preceptos de la Retórica, y se ejercite en ella, no para aprender á componer chrias, esto es á decir, y repetir con superfluas palabras lo que en pocas ha entendido ya el auditorio; no para añadir bagate-

las á lo sólido de las razones; no para usar de aquellas que solamente tienen especiosidad, y nada concluyen; sino para aprender el modo de persuadir, y de mover los afectos, la nobleza del decir, las figuras convenientes, el orden de las razones, la peroracion, y semejantes documentos, que sirven tambien para la juiciosa formacion de los sagrados sermones. Por tanto el estilo sea noble, y adornado, pero inteligible; las doctrinas, y las razones tan bien explicadas, que aun el mediano pueblo llegue á comprenderlas; las frases, y palabras tomadas (ya sean naturales, ó ya trasladadas) de la lengua vulgar corriente, segun las usan los que mejor hablan, ó escriben, y no antiguas, y desusadas; los períodos cortos, y no

torneados á manera de laberintos. El sagrado Orador Christiano no se propone, ó á lo menos no debe proponerse otra cosa mas, que el instruir al pueblo en los dogmas, y consejos de nuestra Santa Religion, y llamar á exámen sus deseos, y costumbres, para distraer á los malos del mal, y para animar á los buenos á continuar, y crecer siempre mas y mas en el bien, valiéndose de las divinas Escrituras en su sentido literal. En esto consiste especialmente el fruto, que se debe esperar del trabajo, y de los sudores de los sagrados Ministros. Pasar pues á la práctica: hacer conocer los abusos, defectos, y excesos no advertidos: descubrir las asechanzas de las pasiones, y la fuerza de los hábitos, sugiriendo sus

remedios. Todos los malos tienen alguna excusa, y secreta retirada: es necesario asaltarlos en aquellos ocultos escondrijos. Dichosos aquellos Predicadores, que tienen prontos para toda necesidad los pasages de los sacrosantos libros, y se adquieren ademas un rico capital de Filosofia Moral, por cuyo medio se hacen capaces de penetrar todos los rincones del corazon humano. No basta cortar las malas yerbas que nacen sobre la tierra: quedando intactas las raíces, vuelven presto á renacer. Finalmente no cesaré de repetir, que los sagrados Oradores jamas deben de olvidarse de quienes está compuesto su auditorio. Si desatendiendo á los pequeños, intentan con su pomposo estilo, con sus sublimes doctrinas, y metafisicas re-

flexiones , ganarse aplauso entre los doctos , y manifestarse grandes ingenios , se puede dudar si agradarán á Dios. Lo cierto es , que conseguirán un grande aplauso entre los hombres , y un mérito indubitable delante de Dios , si toman por objeto el hablar , agradar , y utilizar á los mas del pueblo que les oye , y no saben letra , haciéndolo con tal gracia , y oculta finura de ingenio , que aun á los literatos sepan causar complacencia , y utilidad.

F I N.



